

# Ejército y política

El director de la Escuela de Infantería ha formulado un terminante desmentido al carácter político que se ha querido atribuir a la celebración del centenario de esa institución militar. La comunidad de San Bernardo y de toda la provincia de Maipo, tradicionalmente vinculada a la Escuela, organiza con motivo de aquella fecha un homenaje solemne que se hará extensivo al Presidente de la República, que es el más antiguo oficial de infantería en actividad, y a quien —según aquella declaración— se agradecerá también la acción social cumplida por su gobierno en favor de los sectores más necesitados.

Resulta necesaria y oportuna la aclaración del coronel director, especialmente en cuanto es “una ofensa al soldado chileno” culparlo de confundir lo netamente militar con lo político, pero no deja de ser significativo y aleccionador el hecho mismo de que haya surgido tal ambigüedad de interpretación. Más aún, es fácilmente previsible que problemas semejantes empezarán a multiplicarse en la misma medida en que avance

la confrontación entre sectores orientada a la sucesión presidencial.

Siempre han existido presiones de diversos grupos partidistas sobre las Fuerzas Armadas para involucrarlas en la conquista o conservación del poder, y ello se explica por la enorme gravitación que poseen en la vida nacional debido a su propia naturaleza y a sus funciones, así como por el peso decisivo e incontrarrestable que puede tener su intervención en un momento determinado. De ello hay varios ejemplos en la trayectoria del país y cada uno ha dejado una huella histórica profunda.

Más de un gobernante ha contado con la colaboración personal de distinguidos jefes militares en tareas ministeriales que no comprometían a las instituciones como tales, pero ninguno intentó obtener ese compromiso en el grado que lo hizo el presidente Allende al incorporar a comandantes en jefe en su gabinete con la esperanza de obtener un sustancial respaldo político, experiencia que influyó ciertamente en el paso dado por las Fuer-

zas Armadas en 1973. La situación posterior es radicalmente distinta, puesto que ellas han asumido institucionalmente la dirección del país por encima de todo partidismo y, con especial cuidado, han sabido distinguir entre aquellos de sus miembros que ejercen responsabilidades políticas y quienes continúan en labores estrictamente militares.

Sería perjudicial, sin embargo, que la evolución de los hechos alterara esa conducta y ese buen espíritu, en el caso que empiecen a surgir opiniones de jefes militares que bordean el límite entre el cumplimiento del deber profesional de obediencia y la adhesión a una determinada alternativa política coyuntural. Aparecen evidentes las dificultades que demandará mantener el justo equilibrio, pero es mucho lo que depende de una orientación adecuada y de una prescindencia efectiva.